

# DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

DOMINGO 16 DE JUNIO DE 1867.

Suscripción en Córdoba. Por un mes... 8 rs. Por trimestre... 22 rs. Fuera de Córdoba. Por un mes... 10 rs. Por trimestre... 28 rs.

Los Sres. suscritores a este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio o comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

Año XVIII.

## Sección editorial.

REVISTA DE MADRID.

Se nos había quedado escondido en los rincones de la última semana un suceso verdaderamente digno de conmemoración y de alabanza.

Es un suceso en que andan mezclados por un singular capricho de las cosas, el fausto y la miseria, la alegría y la tristeza.

El jardín Botánico apareció en uno de estos últimos días transformado en un salón de baile.

Esté prodigio lo hizo la profunda caridad que se anida en el fondo de unos cuantos corazones sensibles.

El interés que en las almas compasivas inspira la desgracia, el desamparo y la miseria, no ha tenido nunca manifestaciones más espléndidas.

A la tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas no se habían concedido más que dos maneras de manifestarse: por medio de las lágrimas o por medio de las limosnas.

La Caridad no había encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabía más que llorar con el afligido o partir el pan con el desamparado.

Esto es; consolaba o socorría.

O lo que es lo mismo: unas veces daba, y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo, el pan de su mesa y tomaba del infeliz a quien socorría la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Peró este era un procedimiento demasiado vulgar; una compasión poco distinguida, un modo de hacer bien ramplón, sin buen gusto, sin elegancia, sin fausto, una caridad, en fin, demasiado pobre, sin brillantéz, sin celebridad, sin gloria.

Una caridad que se ocultaba, que se escondía como si se avergonzara de sus obras.

Una caridad sin joyas, sin coches, sin encajes.

La tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas prorrumpe hoy en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasión que baila; pena que se divierte.

¡Ah! por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos, la tristeza en el semblante y la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta? ¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

O mejor dicho:

¿Por qué la modestia ha de ser una virtud?

¿Por qué no hemos de levantar la tierra bondad de nuestros corazones sobre el lujo de nuestra caridad?

Hablemos con franqueza.

¿Qué es la caridad?

—Una virtud, la primera de las virtudes.

—Pues bien, ¿por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿Por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia?

¿Por qué el placer no ha de ser compasión?

Es verdad: convertid en virtudes todos los vicios, y la naturaleza humana habrá llegado a la plenitud de su perfección.

Declaremos que todo es bueno y el hombre más perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Hermoso espectáculo debió ofrecer el jardín Botánico a las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas todas escogidas se reunieron allí a dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido allí presurosas a la cita de un baile.

¿Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¿Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¿Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¿Qué fuego en los relampagos de aquellas miradas!

El buffet, espléndido.

La orquesta incomparable.

¿Qué vals aquel! ¡qué polkas aquellas! ¡qué animación, qué alegría, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:

¡¡Qué solicitud por los pobres!!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar a los números.

Hagámos un cálculo.

Cuatrocientas personas acudieron presurosas a la cita que en el jardín Botánico les daba la caridad.

Cada una de ellas echó, bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria.

Los pobres recogieron la suma siempre respetable de diez y seis mil reales.

Duenos de esta suma, duro sobre duro, los pobres pudieron considerarse casi ricos.

Ellos exclamaron: ¡Diez y seis mil reales! ¡Somos felices!

En medio de esta alegría, llamaron a la puerta y la puerta se abre y entra un fondista.

Este fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice:

Buffet... lo menos ocho mil reales.

Los diez y seis mil reales se quedan reducidos a la mitad de un solo golpe.

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando a beneficio de los pobres, por pura caridad, necesitan tener a la mano una mesa espléndida que dé vigor a sus miembros, desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

Un buffet espléndido era indispensable.

Los pobres pagan el buffet y vuelven a llamar a la puerta, y la puerta se abre y entra por ella otra cuenta en la que poco más o menos puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de las sillas... mil reales.»

Los pobres en la imposibilidad de hacer otra cosa pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber probablemente serían ricos.

Y además, ¿cómo habían de negarse a pagar una deuda tan justa?

¿Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, no habían de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no se podían suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta anuncia a los siete mil reales que quedan que alguien quiere entrar.

No hay manera de negarse porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre, es la cuenta de los músicos que dice duro más o menos.

Orquesta... dos mil reales.

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables a los danzantes.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salón en el suntuoso baile dado en el jardín Botánico a beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada podrá subir a unos... dos mil reales.

—Al hombre más tacano lo llamo aquí y le pregunto:

—¿Era posible dar ese baile sin poner esa tienda?

—El tacano se encoge de hombros, porque a los tacones el único dinero que no les gusta que se gaste es el suyo.

La tienda era allí absolutamente indispensable porque allí iba a comprarse el dulce placer de hacer bien.

Quedan tres mil reales; pero la

campanilla parece incansable y volverá a sonar.

Es otra cuenta.

La cuenta de los gastos menudos que puede ascender muy bien a mil reales.

Era preciso que los pobres tuvieran algún número de criados que sirvieran a los ricos.

Alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

Se reúnen cuatrocientas personas y se dan a sí mismas un baile espléndido a beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir más?

Y en el fondo de todo esto ¿qué hay? Justo es decirlo; un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar a las puertas del corazón moderno con el aldabon de un magnífico baile, de un baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada y al fin ganan algo; pero la caridad ¡ah! la caridad se convierte en placer.

Digámoslo con franqueza: los que no asisten a estas fiestas no pueden decir que han sentido el placer de la caridad.

Y como los pobres son el motivo de estos placeres, y la miseria la ocasión de esta opulencia, se puede estelamar.

¡Los pobres! ¡He ahí una mina de placeres!

¡La miseria! ¡He ahí un tesoro de opulencia!

Y se puede añadir:

Baile dado a beneficio de los pobres.

Esto es verdad.

Baile tomado so pretexto de los pobres.

También es verdad esto.

J. S.

## Sección oficial.

**Alcaldía Constitucional de Córdoba.**

Debiendo procederse al arrendamiento en subasta pública por tiempo de un año, a contar desde 1.º de Julio próximo, de los tres locales destinados a pesos harineros y alfareros de dos pertenecientes a los Propios de esta ciudad, se ha señalado el día 22 del corriente a las doce de su mañana para el acto de la licitación, la cual habrá de tener lugar por puja llana en el despacho de esta Alcaldía bajo el tipo de cien escudos y condiciones que se hallan de manifiesto en la secretaría municipal.

Lo que se anuncia al público para conocimiento de las personas a quienes pueda interesar.

Córdoba 12 de junio de 1867. El C. de Torres-Cabrera.

## Sección de noticias.

NACIONALES.

Ha salido de Madrid por el ferrocarril del Norte, en dirección a Roma, el señor partecara de las Indias.

Segun dice *Espiritus Nacional*, este prelado lleva al padre común de los fieles cartas afectuosas de S. M. del príncipe de Asturias y España a los reyes de España en la ciudad Eterna.

Ha llegado a Madrid, procedente de posesiones de Andalucía, el señor duque de la Torre.

Muchas son las gestiones que se practican para evitar la supresión de juzgados, inevitable según el proyecto de la ley de presupuestos. El ministro de Gracia y Justicia se veía imposibilitado de hacer esta economía si hubiera de atender a las gestiones de los interesados; pero con el objeto de proceder con la más justa equidad, además de los informes enviados por las audiencias, el ministro estudia una porción de detalles estadísticos que por sí solo han de demostrar que juzgados pueden suprimirse y cuáles no, según su distancia entre sí, las dificultades de las comunicaciones y el número de causas en que hayan entendido en el último quinquenio.

La enmienda del señor Martínez proponiendo la creación de ciertos impuestos sobre los perros, los criados, y las entradas en los espectáculos, fue desechada por el Congreso después de apoyarla su autor y de haber manifestado el señor Concha que estos impuestos producen mas gastos de investigación que resultado para el Tesoro.

El 11 por la noche fue aprobada en el Congreso por el señor ministro de Hacienda y la comisión de presupuestos la enmienda del señor Ferrnandez Cadorniga relativa al impuesto de 5 por 100 a los intereses líquidos de los imponentes de la caja de Depósitos.

Los hospitales que hoy existen en la caja, sea cual fuere el tiempo de su inscripción, y que los que ingresen hasta el día 30 de junio, no estarán sujetos al nuevo impuesto, y solo devengarán el 5 por 100 los intereses de las liquidaciones voluntarias que se realicen desde 1.º de julio en adelante.

Tal es el pensamiento de la comisión declarado en el Congreso por uno de sus individuos de acuerdo con el gobierno, y en esta forma ha sido aprobado por el Congreso.

El colegio de farmacéuticos de la corte ha remitido a la comisión organizadora del Congreso internacional de farmacéuticos de París una luminosa Memoria sobre la conveniencia de establecer una farmacopea universal, asunto de

(156)

— ¡Ay, si murmuró el rey, y ando errante a través del Louvre para matar el tiempo.

— Si V. M. se dignase permitirme lo le acompañaría en su paseo.

— Con mucha gusto, amigo mío.

— V. M. sufre, si no me engaña.

— El rey suspiró.

— ¡Ah, si murmuró el rey, a quien el recuerdo de Diana le hacía sonreír.

— Parece, dijo Ateon, que V. M. no ama ya a la condesa? Sin duda amará a otra.

El rey se estremeció. — ¿Quién lo ha dicho? preguntó. — ¿Mi rostro...?

— V. M. tiene las flecciones alteradas. Es preciso estar enamorado para tener ese semblante.

— ¿Eres discreto?

— V. M. lo sabe perfectamente.

— Pues bien, voy hacerle una confianza.

El rey tomó el brazo de Ateon y le dijo:

— Lo adivinaste; estoy enamorado,

(157)

y la mujer que amo ha desaparecido. He dado orden al gran preboste para que ponga en juego todos sus espías. Todos han perdido el tiempo.

— Si V. M. me diese algunas señas...

— La mujer que amo le dijo, es italiana.

— ¿Cuál es su nombre?

— Mariana.

— ¡Basta! La conozco, dijo Ateon.

— ¡Pardiez! Entonces ¿sabes dónde está?

— ¡Oh! sin duda; si V. M. me sigue...

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿A dónde?

— En Saint Germain l'Auxerrois.

— ¿La verá allí?

— Seguramente.

Enrique II empezó a caminar apresuradamente.

En la plaza de la iglesia, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, vió el rey lleno de asombro una litera tirada por dos mulas. Pero Ac-

(160)

no, los vió alejarse y entró en la iglesia a rezar.

Entonces se halló en frente del rey, quien cogióndola de la mano la dijo:

— Señora, arrodílémonos, y pidamos a Dios que nos perdone a todos, y nos dé su santa bendición.

El rey amaba a Catalina.

(161)

Rafael, conmovido y palpitante, siguió a la marquesa sin atreverse a hacer ninguna pregunta.

Ella le condujo al fondo del jardín hacia el pabellón que había habitado durante su corta permanencia en París, y cuando llegaron a la puerta, sintió Rafael que se redoblaban su emoción, y pálido y vacilante se detuvo.

— ¿Cuál de las dos mujeres que ocupaban su imaginación era la que iba a ver? ¿Mariana o Catalina?

La marquesa empujó la puerta del pabellón y Rafael dió un grito.

Mariana y Catalina estaban sentadas con las manos cogidas y el semblante risueño.

Como Rafael mirase a las dos sin atreverse a dar un solo paso, la reina se dirigió hacia él, le cogió una mano y le colocó entre las de Mariana, diciéndole al propio tiempo:

— Mariana es ama, Amada, amigo mío, y sed al fin dichosa.

Y como Rafael levantasé hacia ella

FIN.





